

¿La esperanza es lo último que se pierde?

¿De Nazaret puede salir algo bueno?

Nuestro mundo actual vive orgulloso y confiado en sus capacidades humanas: la razón, la ciencia y la técnica, para poder conseguir sus objetivos de bienestar y felicidad, y para satisfacer sus necesidades reales y añadidas.

Su ideal es la autorrealización. Aquí no hay otra clase de esperanza que no sea la eficacia de sus esfuerzos y medios por conseguir aquellos objetivos. Unos proyectos megalómanos y unos medios en los que todo vale. A pesar de esto, la impotencia, la insatisfacción y el fracaso hacen actos de presencia y cuestionan aquella fe prometeica.

En este contexto la esperanza de los cristianos tiene, desgraciadamente, el mismo cariz: buscar el éxito en los planes pastorales, los métodos, campañas... O bien cruzarnos de brazos, o no saber ofrecer objetivos grandes, o limitarnos a la promesa y el consuelo de una felicidad más allá, en el cielo.

Jesús vive la experiencia de no ser nadie, de sentirse rechazado porque no ven capaz o dispuesto a responder a las esperanzas mesiánicas del pueblo, que buscaba la grandeza en la fuerza, el Templo, la raza, el culto. Pero Jesús tiene la experiencia de que el Padre confía en él: «Y vino una voz de los cielos que decía: -Este es mi Hijo amado, en quien me complazco-» (Mt 3,17) y le encarga un proyecto más grande, el Reino, haciéndole mesías de otra clase. Y serán los pobres los que confiarán en aquel pobre y reconocerán en él una fuerza que no viene de los hombres. Y a partir de esta experiencia él será capaz de ver en los «nadie» una posibilidad y una exigencia de llegar a ser persona, y en él la fuerza recibida para desvelarla.

Los primeros discípulos experimentarán esta misma fuerza: «No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda» (Hechos 3,6).

Revista CPL Misa Dominical Centre de Pastoral Litúrgica – Septiembre 2017